

Gail Tsukiyama

EL  
COLOR  
DEL AIRE



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

**Colección Narrativa**

EL COLOR DEL AIRE

*Gail Tsukiyama*

1.ª edición: diciembre de 2021

Título original: *The Color of Air*

Traducción: *Juan Carlos Ruiz Franco*

Corrección: *TiEdi, Teleservicios Editoriales, S. L.*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2020, Gail Tsukiyama,  
publicado con acuerdo con el autor  
(Reservados todos los derechos)  
© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.  
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.  
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida  
08191 Rubí - Barcelona - España  
Tel. 93 309 85 25  
E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-9111-807-7  
Depósito Legal: B-17.255-2021

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.  
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

*Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

## MAUNA LOA

21 DE NOVIEMBRE DE 1935

1. MANGOS.....	11
2. VIGILÁNDOLE.....	14
3. VIENTOS QUE AUMENTAN .....	18
4. EL MERCADO DE PESCADO DE OKAWA.....	24
5. LA BELLA Y LA BESTIA .....	29
6. LLEGADA A CASA.....	32
7. ESPERANDO.....	36
8. EN EL SILENCIO.....	39
VOCES FANTASMALES.....	44

## CONTINUANDO

23-25 DE NOVIEMBRE DE 1935

9. SANTUARIO .....	51
10. FUEGO Y HIELO.....	57
11. EL TREN DEL AZÚCAR.....	61
12. EL BUNGALÓ VERDE.....	66
13. A DOMICILIO .....	71
14. LA CASA DE LA COLINA.....	76
LAS VOCES DE LAS ISLAS.....	82

## EL PASADO, EL PRESENTE

25-26 DE NOVIEMBRE DE 1935

15. CHICOS DE LAS ISLAS .....	87
16. EL ESCONDITE.....	93
17. EL TABLÓN DE ANUNCIOS.....	97
VOCES FANTASMALES.....	103

## NO PUEDES ESCONDERTE

27 DE NOVIEMBRE - 4 DE DICIEMBRE, 1935

18. UNA NUEVA DIRECCIÓN .....	109
19. UN PASO ADELANTE .....	114
20. DESPERTAR .....	122
21. LA PLANTACIÓN PULI.....	125
VOCES DE LAS ISLAS.....	129

## PERDIDO Y ENCONTRADO

6-8 DE DICIEMBRE DE 1935

22. CENIZAS .....	135
23. LA SORPRESA .....	139
24. EL EXPRESO SCENIC.....	142
VOCES FANTASMALES.....	149

## Y ENTONCES

11-16 DE DICIEMBRE DE 1935

25. INQUIETO .....	155
26. RECOGIENDO .....	158
27. CAÑA DE AZÚCAR.....	161
28. UN VISITANTE.....	166
29. CORRER .....	172
30. PESADILLAS.....	176
31. HACIENDO LAS MALETAS.....	183
VOCES FANTASMALES.....	188

## SECRETOS

17-18 DE DICIEMBRE DE 1935

32. CHICO DE CIUDAD .....	195
33. NORI .....	197
34. NAUPAKA .....	201
VOCES FANTASMALES.....	207

## RESPUESTAS

18-20 DE DICIEMBRE DE 1935

35. LAVA.....	211
36. EL TÍO KOJI.....	220
37. LA VERDAD DEL ASUNTO.....	225
VOCES FANTASMALES.....	239

## ESPERANDO

22-26 DE DICIEMBRE DE 1935

38. REVELACIONES.....	245
39. LUGARES SEGUROS .....	254
40. MELE KALIKIMAKA.....	259
VOCES FANTASMALES.....	266

## DISPARANDO A LA LUNA

27-31 DE DICIEMBRE DE 1935

41. MIRLOS .....	273
42. MOSQUITOS .....	277
43. FE.....	280
44. EL RÍO.....	284
VOCES FANTASMALES.....	289

## UN NUEVO AÑO

1-2 DE ENERO DE 1936

45. EL CORAZÓN QUE LATE .....	293
46. 2 DE ENERO DE 1936.....	298
47. EL VIVIENTE.....	302
VOCES FANTASMALES.....	306

## HILO

28 DE JULIO DE 1936

48. EL ÁRBOL DE MANGOS .....	313
------------------------------	-----

*El propio color del aire en el lugar donde nací era diferente,  
el olor de la tierra era especial,  
cargado de recuerdos de mis padres.*

—NATSUME SÔSEKI

# **MAUNA LOA**

*21 DE NOVIEMBRE DE 1935*

## MANGOS

El cielo amenazaba lluvia mientras Koji Sanada se aproximaba al bungalow verde, donde el intenso olor a mangos podridos se mezclaba con un toque de humo, los amargos remanentes de la caña quemándose antes de la cosecha que llegaba de las plantaciones de alrededor. Él conocía todo demasiado bien. La caña de azúcar había sido su vida desde que su familia se instaló en Hilo, Hawái, procedente de Osaka, Japón, en 1895, junto con todos los trabajadores inmigrantes que habían llegado para trabajar en las plantaciones de azúcar y piña de la isla. Koji tenía diez años, el mayor de dos hijos y único varón. Había asimilado inmediatamente por sí mismo el ambiente salvaje de la isla, muy distinta de su lugar de origen japonés, tan tradicional. A lo largo del camino, los tres años que sus padres habían acordado permanecer allí antes de volver a Japón se habían convertido en toda una vida.

Koji subió por el polvoriento camino que conocía tan bien. Fue aquí, en Big Island, cerca de la creciente comunidad de Hilo, donde encontró un nuevo hogar en la plantación Puli, junto con años de duro trabajo, esforzándose bajo el sol abrasante, el viento y la lluvia, los temblores y los terremotos, y fue aquí, en esta isla de cinco volcanes, donde también había conocido a Mariko Abe.

En ese momento se detuvo a mirar alrededor del patio de Mariko y sintió un ligero dolor por haberla traicionado. El jardín, su permanente orgullo, estaba asilvado y todo había crecido en exceso sin ella. Él



quería haber recogido los mangos para llevarlos a Nori, al mercado de pescado de Okawa, pero una vez más el tiempo no lo había hecho posible. Siguió ascendiendo por el camino para ver el querido árbol de mangos de Mariko, que había plantado su abuelo, pero que ahora no daba fruto. Había sido húmeda toda la semana, y la tierra mojada estaba totalmente cubierta de hojas y fruta podrida; sólo las oscuras semillas de unos cuantos mangos del tamaño de un puño seguían siendo reconocibles. A Koji siempre le asombraba la rapidez con la que la tierra reclamaba lo que era suyo.

«Cierra los ojos». Él creía que oía de nuevo la voz de Mariko. «Ahora, ¿qué hueles?». Cuando eran jóvenes, ella le enseñaba que los mangos estaban listos para cosecharlos cuando se podía oler su fragante aroma a melón y piña, mientras aún estaban firmes al tacto. Su árbol siempre daba los mangos más dulces de la ciudad de Hilo. Koji sonrió al pensar que Mariko conocía los mangos del mismo modo que él conocía la caña de azúcar, y sintió un repentino y agudo anhelo que era sólo otra forma de pena. Ella había muerto dos años antes, y siempre parecía que había sido ayer.

Otro temblor bajo sus pies le hizo apartar sus pensamientos. La isla no había dejado de sufrir oleadas de ligeros temblores durante los dos últimos años, y él estaba preocupado porque augurasen algo más grande y más fuerte. Hasta ese momento, tras ellos no había ocurrido nada, pero la historia de la isla indicaba otra cosa.

«Es sólo que la isla tiene hipo», solía decir su madre para calmar a su hermana pequeña. Koji esperaba que no fuese nada más, ahora que Daniel, el hijo de Mariko, llegaba por fin a casa desde el continente, después de más de diez años estudiando. La última vez que Koji le había visto fue durante los últimos meses de su madre. Desde su muerte, el tiempo había estado jugando con él, moviéndose tanto demasiado deprisa como demasiado lento sin ella. Él no podía evitarlo, pero sentía como si una parte de Mariko volviera a él con su hijo, volviendo a despertar recuerdos enterrados desde hacía mucho tiempo. Koji se dirigió hacia el almacén para la leña en el que Mariko guardaba sus herramientas de jardinería. Rápidamente dio la vuelta al árbol antes de subir a la casa, donde estaba seguro de encontrar a Nori asegurándose de que todo estuviera listo para el regreso de Daniel.

Los escalones que subían hasta el porche crujían bajo el peso de los pies. Koji estaba de vuelta en la casa por primera vez en dos años, con el calor y la humedad dejando astillas de pintura despegada de las molduras y las barandillas. La silla de Mariko, donde se solía sentar y coser, parecía avejentada y abandonada. Koji se quitó los zapatos, abrió la puerta mosquitera y se quedó en el umbral mirando al interior. El paquete que había venido a entregar estaba en su bolsillo. Tragó saliva y sintió otro temblor. *Vamos*, se dijo a sí mismo. Oyó movimientos que procedían de la cocina y reprimió la familiaridad. No era ella, se recordó a sí mismo; era Nori. Inspiró profundamente y entró en la casa.

## VIGILÁNDOLE

Nori Okawa estaba de pie en la cocina de la casa de la niñez de Daniel, el bungalow descolorido, verde y golpeado por el clima que a Mariko le dio su madre, y que ahora pertenecía a Daniel. La casa había sido una de las propiedades más queridas de Mariko, construida por su abuelo después de que hubieran emigrado de Japón. «Conserva los espíritus de nuestra familia», decía siempre ella, «los mantiene vivos». Y estaba a una buena distancia del centro de la ciudad caminando, y del mercado de pescado de Okawa. El continuo mantenimiento de la casa por parte de Nori era evidente en las florecientes orquídeas, en la impecable cocina, en las sábanas limpias y en las estanterías desempolvadas de la habitación de Daniel. Durante las últimas semanas, se había difundido por la comunidad la noticia de la fiesta de bienvenida de Daniel en el mercado de pescado de Okawa. Todo estaba preparado para su regreso. Nori y las tías de Hilo habían estado entusiasmadas toda la semana. La carta de Daniel decía que volvería a Hilo en el barco de vapor Lanai esa tarde, procedente de Oahu. Nori sabía lo orgullosa que se habría sentido Mariko. Su hijo había dejado la isla con dieciocho años en vistas a su formación en el continente, y volvía como un flamante médico. Daniel fue uno de los primeros japoneses de su escuela de medicina y el primer chico de Hilo que se había convertido en médico. Toda la comunidad sabía lo duro que había estudiado para ser aceptado en una universidad del continente. En todo momento, su triunfo había sido el

de todos ellos. Se había encontrado con muchos obstáculos, desde el dinero hasta la distancia, pero Daniel hizo bien sus exámenes y los profesores de su instituto le habían escrito brillantes cartas de recomendación. Además de las becas que recibió, parecía estar destinado a triunfar.

Nori sonrió. Él volvía entonces como un flamante doctor, y no le habían seducido Chicago ni todas las tentaciones de la gran ciudad. Incluso cuando Daniel era niño, Nori sabía que tendría éxito y que haría sentirse orgullosos a todos. Él se había sentido impulsado de ese modo, un buen estudiante que cuidaba de todos los perros callejeros o animales heridos, incluso antes de saber que quería ser médico. Junto con sus dos hijos, Wilson y Mano, que habían continuado el negocio familiar de pesca de Okawa, ella siempre consideró a Daniel su tercer hijo, más aún después de que Mariko muriera de cáncer. Ella sabía que tendría que ser una decisión tomada por él, pero Nori había esperado con cierto egoísmo que él volviera a la ciudad de Hilo. Muchos otros jóvenes que habían acudido a Oahu, o al continente, habían olvidado su vínculo con Hilo para volver sólo como extranjeros, o nada en absoluto.

Nori sintió otro temblor justo cuando se inclinó para colocar el último plato en el congelador. Lo había llenado con unos cuantos platos que le gustaban a Daniel: pollo y ñame, salmón al *lomi-lomi* y *haupia* de coco, y la gelatina dulce que le encantaba cuando era niño, por si acaso tenía hambre por la noche. No se atrevió a preparar su favorito, pollo a la portuguesa, que nadie en Hilo hacía tan bien como la madre de él. Nori se puso erguida y de repente sintió la presencia de Mariko en ese momento, en la cocina, con ella. Seguía estando en todas partes: en su taza de té manchada, situada en el armario; en la silla vacía apoyada contra la mesa de formica rota; en su delantal floreado y descolorido que seguía colgado de la puerta de la despensa. Todos habían compartido muchos momentos importantes justo allí, en la pequeña y cálida habitación, desde que eran niñas pequeñas. Nori frotó sus manos en un trapo de cocina y de nuevo escuchó el eco de sus voces a su alrededor.

La cocina fue siempre el alma de la casa de Mariko. Fue donde había dicho por primera vez a Nori que estaba embarazada de Daniel. Parecía

pálida y tensa aquella mañana, temiendo que Franklin, su marido, no estuviese preparado, que se enfadara con ella. Pero él sorprendió a todos y se sintió contento cuando volvió de hacer un trabajo en Maui y se enteró de lo del niño. «Un niño», dijo él, «puedo sentirlo». Aproximadamente al mismo tiempo, Nori había descubierto que estaba embarazada de Mano. Mariko fue la primera en decir: «Vamos a tener gemelos». Nori nunca la había visto tan contenta, incluso con la esperanza de que Franklin por fin sentara la cabeza.

«Sé que puedes oírme», dijo ella en voz alta, cambiando la servilleta del gancho que la sujetaba. «No te preocupes, Mari, le estaremos vigilando».

«¿Con quién estás hablando?».

El corazón de Nori dio un salto; se volvió para ver a su viejo amigo Koji Sanada, con los zapatos embarrados en una mano, de pie en la entrada. Ella no le había oído entrar en la casa. Entonces sonrió al verle llevando una camiseta y unos pantalones de trabajo anchos. Él siempre había sido como un hermano para ella. Nori fue la hija única de unos padres que recolectaban piñas, que apenas le hacían caso y que habían llegado a beber hasta morir. Habían crecido todos juntos en una comunidad muy solidaria que vigilaba el crecimiento de las plantaciones de azúcar y de Hilo.

«Conmigo misma», dijo ella, y nerviosa rehuyó la mirada. «¿Qué estás haciendo aquí y no en el mercado?».

Nori sabía que los lugareños ya se estaban reuniendo allí.

«Quería dejar esto aquí para Daniel», dijo Koji. Colocó una caja envuelta sobre la mesa de la cocina.

Nori sonrió. Ella sabía que lo más probable era que fuese otro vagón, un añadido al tren de juguete favorito de Daniel, que Koji había empezado a construir con él cuando era un niño de siete años. Desde entonces, cada año lo aumentaba.

«Estará contento de ver que le espera», dijo ella.

«¿Hay algo más que tengamos que hacer antes de que llegue?».

Con el paso de los años, la ciudad de Hilo había sufrido muchos altibajos, y Koji era alguien en quien los lugareños siempre podían confiar. Ahora, con poco más de cincuenta años, aún estaba en mejor forma que muchos hombres de diez años menos, fuerte y musculoso.

Había crecido y trabajado en una plantación de azúcar desde que a su padre le había contratado John Dillingham a finales del siglo XIX, cuando muchas de las plantaciones de caña de azúcar estaban en sus comienzos. «La dulzura corre por mi sangre», le gustaba decirle a ella. Koji sabía más sobre el trabajo de la caña que la mayoría de los *lunas*, los capataces, en su mayoría portugueses, que supervisaban a los trabajadores. Era una leyenda en los campos, su habilidad cortando la caña se hizo mítica con el paso de los años. Se le conocía como el cortador de caña más rápido de Big Island, y aún tenía el récord de cortar mil doscientas libras de caña de azúcar en una hora. Después de veinte años cortando caña en la plantación Puli, e incluso cuando la edad y las lesiones posteriores le obligaron a ser más lento, los propietarios le pidieron que se quedara para conducir el tren del azúcar.

«Aquí todo está hecho», dijo Nori.

«Mariko se sentiría feliz de tenerle en casa, ¿verdad?».

«Muy contenta», dijo ella.

«Llevaré el tren del azúcar a Puli cuando descarguen la caña en la estación. Después volveré al mercado en el camión». Koji se pasó la mano por su cabello corto y con canas, y miró alrededor. Por un momento se perdió en sus recuerdos. «El lugar tiene buen aspecto».

Desde la muerte de Mariko, Koji había dejado de ir al bungalow. Antes de eso, iba allí cada domingo a ayudar a Mariko para hacer una u otra cosa, pasando tiempo con las dos al final de la cosecha, y después, cuando Daniel volvía a casa cada año por Navidad. Ellos eran su familia, pero después se encerró en sí mismo. Aunque todos ellos habían estado de luto por la muerte de ella, la pérdida de Koji se hizo sentir en medio de su silencio.

Nori sonrió. «No llegues tarde, ¿vale?».

«¿No he mantenido siempre puntual el tren?», dijo Koji.

«Siempre hay una primera vez».

«Allí estaré».

Koji levantó su mano saludando y salió por la puerta de atrás. Nori le observó mientras él se ponía los zapatos antes de bajar las escaleras. Ella esperó unos minutos en la silenciosa cocina, pero Mariko nunca volvió.

## VIENTOS QUE AUMENTAN

Los vientos habían aumentado en el momento en que Koji llevaba el tren de vuelta a la plantación Puli. A lo largo de los años, Puli se había convertido en una de las mayores plantaciones del sur de Hilo, varios miles de acres, a menos de treinta y dos kilómetros hasta la montaña desde la ciudad. Desde la cochera del tren, caminó pasando delante de la casa del azúcar y del molino, hacia arriba, por la carretera, hasta su pequeña cabaña con techo de hojalata que se encontraba por encima de los campos de caña. Sólo después de terminar todo su trabajo, Koji sintió de verdad el agudo empujón de entusiasmo por la vuelta de Daniel. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría Daniel en volver a bajar su ritmo hasta el de la gente de la isla. Daniel tendría que readaptarse a vivir en la ciudad de una pequeña isla con sus súbitas tormentas a media tarde, el calor húmedo y los fuertes vientos, las verdes y densas capas de follaje, y los oscuros y temibles volcanes que amenazaban todo. Desde el momento en que Koji pisó las negras rocas de lava siendo un niño, supo que la isla era un organismo viviente y que ellos eran unos simples invitados.

Los vientos se hicieron más fuertes y empujaron a Koji, con los fantasmas instándole a volver a la caña. *Aún tengo que cambiarme y volver a Hilo*, pensó, incluso mientras se daba la vuelta y empezaba a caminar de regreso a los campos.



El aire se calmó un momento, seguido del crujido de las hojas de las cañas.

«Estás tomando el camino equivocado, sí», dijo Razor Takahashi, al encontrarse con Koji en el borde del campo, con una capa de barro de caña en la cara de Razor y una botella de whisky de medio litro en la mano. Se levantaron los vientos alisios del oeste, que hicieron que las altas cañas se movieran de uno a otro lado como bailarinas de hula. Los campos del norte fueron los últimos en estar preparados para quemar.

«Sólo necesito pasear un poco», dijo Koji.

«¿No tienes bastante con la caña, verdad?», dijo Razor y rio.

Era verdad. Koji a menudo sentía afecto por la caña. La llevaba en la sangre, la única vida que había conocido y el sitio donde se sentía más en casa. Era algo que sabía que Razor entendía.

Razor tomó un trago de la botella. Extendió el brazo y ofreció beber a Koji. «¿A qué hora llega Daniel a casa?».

Koji agitó la cabeza y sonrió a su viejo amigo. «Llegaré pronto. Es mejor que me vaya. Te veo dentro de poco, sí. Guárdame algo», añadió, señalando a la botella antes de ponerse a caminar por el campo de caña de azúcar.

Cuando Koji se dio la vuelta, Razor ya no estaba a la vista.



Razor había sido su primer verdadero amigo en la plantación. Sus vidas antes de eso habían quedado desarraigadas cuando su padre perdió su pequeña granja de arroz en la prefectura de Yamaguchi, en el oeste de Japón, después de una serie de negocios echados a perder.

«¿No era la caña de azúcar tan sólo otro tipo de cultivo?», argumentaba su padre. «Un contrato de tres años que ofrezca una paga segura y casa gratis, y volveremos a Japón de nuevo bien plantados sobre nuestros pies». Todo lo que Koji recordaba era lo débiles que sintió sus piernas después de cruzar el océano durante más de tres semanas a bordo del Ciudad de Tokio, más débiles que cuando permanecía todo el día agachado en su húmedo arrozal. Era aún temprano por la mañana cuando llegaron a Hilo, la ciudad cubierta de niebla que le recordaba al pueblo japonés de un cuento popular que su madre les había leído



a él y a su hermana. Koji imaginó que los espíritus de esas historias les habían seguido durante todo el camino a través del océano. Incluso las mismas montañas oscuras y llenas de presagios se veían a lo lejos.

Un estibador que descargaba el equipaje del barco siguió su mirada. «Es Mauna Loa, sí, la versión hawaiana del Monte Fuji», le dijo. «Hay cuatro volcanes más en la isla», añadió. «No hay que preocuparse, eh. Sólo tres de ellos están activos».

Cinco volcanes en una isla.

Koji quedó cautivado inmediatamente.

Los documentos de su familia fueron rápidamente firmados y los recogieron en el puerto oficiales de inmigración que hablaban japonés. Después les recibieron en una tienda de campaña para comprobar su salud, les revisaron unos médicos japoneses contratados por las plantaciones antes de meterles con los demás recién llegados en los vagones tirados por caballos, y viajaron tan apretados que Koji apenas podía moverse en un ambiente caluroso y sin aire. Desde allí se desplazaron a fuerza de golpes y apretones durante dos horas por densos bosques de árboles ohi'a, arbustos y un denso y muy crecido follaje, y después por una serpenteante y traicionera carretera de montaña hasta su nueva casa en la plantación Puli.

En el momento en que llegaron, Koji estaba acalorado y sudoroso, su cuerpo dolorido y magullado por el carro irregular y de madera. Sus piernas ya no sentían nada. Se sentó cuando el carro se sacudió para detenerse en la puerta delantera de la plantación, y el conductor gritó en un mal japonés: «¡Homu, suito homu!». ¡Hogar, dulce hogar! Más allá de la puerta, a no más de trescientos metros, por un camino de tierra, el conductor señaló tres edificios de madera, desgastados por el viento, que albergaban la oficina de la plantación, la escuela y una tienda. Más allá de la carretera había un edificio más grande, el molino de azúcar. Y después del molino, por lo que podía verse, había acres y acres de cañas de azúcar, altas y onduladas.

Su familia había permanecido en silencio e inquietos, mientras Koji apenas podía reprimir su entusiasmo. Quería saltar del carro y correr por lo que quedaba de camino, pero sintió que su padre le agarró firmemente por el hombro y supo que tenía que quedarse ahí. Su madre sostenía a su hermana pequeña en la parte posterior del carro, con la

cara pálida y delgada debido a semanas de mareo en el barco. Estaban rodeados por un intenso calor pegajoso, el cielo oscuro y bajo que amenazaba lluvia, y el interminable mar de cañas de azúcar. Recordó que su madre se inclinó hacia su padre y que susurraba en japonés: «Grande e interminable, pero ¿dónde está el corazón latiente?».

Eran una de las muchas familias japonesas apretadas en las cabañas de hierba de caña, amontonadas en el extremo norte de la plantación Puli. No había agua corriente ni electricidad, y el retrete estaba en el patio. Su madre y su padre se pusieron a cortar caña y a vaciar el recipiente de la caña, mientras que Koji, de diez años, y su hermana pequeña asistían a la escuela de la plantación, con una única sala. Fue un estudiante inquieto y distraído hasta que empezó a trabajar como «hoe hana», retirando la maleza y limpiando de polvo las interminables filas para plantar caña bajo el sol ardiendo, vigilando a los cortadores de caña junto con Razor y otros chicos de su edad, cuyas familias también habían emigrado desde Japón. En los buenos y en los malos tiempos, vivían todos juntos en un grupo de casas de hierba semejantes que formaban la aldea japonesa. Aunque su abigarrado grupo de cabañas seguía creciendo, y la llamaron acertadamente Kazoku o Aldea Familiar, Koji observó que en la plantación también les separaban acres de campos de caña de los trabajadores chinos, filipinos y portugueses, y de sus aldeas.



Koji siguió moviéndose entre las filas de caña ondulante, las cuales se sabía que crecían tanto como seis metros antes de florecer. La mayor parte de los trabajadores de la caña ya habían llegado desde los campos para comer, caminando de vuelta hacia sus distintas aldeas, repartidas en torno a la plantación. Quienes tenían fuerzas después de un día en los campos cuidaban sus propios jardines o bajaban al río para bañarse, contarse historias y beber aguardiente casero hecho con raíz de ti. Hacia las cuatro de la mañana siguiente, se levantaban y comenzaban el día de nuevo. Koji había vivido la misma rutina durante tantos años que podía hacerla dormido. ¿No había sobrevivido toda una vida al duro trabajo de la plantación Puli, cuidando de sí mismo y mantenién-

dose alejado de problemas? Había pasado su vida sobreviviendo, y al final el continuo remordimiento le seguía persiguiendo, todavía le hacía parecer culpable. Koji miró hacia fuera, a los campos de caña tan trabajados, sabiendo que había que remover la tierra con cierta frecuencia para renovarla. Se sentía igual. Esta plantación y estos campos habían sido su vida, con interrupciones por viajes a la ciudad de Hilo cuando era niño, y luego para ver a Mariko y a Daniel. Después de que Franklin se fuera, prometió que les cuidaría. Ellos eran todo lo que le preocupaba.

El día estaba oscureciendo –gris y granuloso–, ni de día ni de noche. ¿Qué vio? Koji siempre sentía cuál era el momento más revelador de cada día: la luz de la vela parpadeante antes de apagarse y dejar todo a oscuras. «Última oportunidad con luz solar», solía decir su padre, «justo antes de que salgan los espíritus». Él sólo esperaba que los espíritus salieran para guiarle en ese momento, como siempre habían hecho. Koji se adentró en el campo, con los vientos alisios del oeste, con cañas crujientes y silbantes por todas partes. No tardó mucho en oír de nuevo su canto, sus voces de fantasma aumentando suavemente al principio, y después más altas. Las canciones cantadas por las trabajadoras japonesas se elevaban y se mantenían sobre los altos tallos, mientras que las mismas que cantaban permanecían ocultas entre las cañas. Cantaban las canciones de trabajo *holehole bushi*, repletas de las pequeñas alegrías y los grandes sufrimientos que habían padecido, engañadas para abandonar su patria hacia una vida mejor, llevadas por falsas promesas mientras quitaban las hojas secas de los tallos diez horas diarias. Era durante los días antes de que se quemaran los campos, y todo el trabajo se hacía a mano. Lo que más gustaba a Koji –lo que le atraía de las cañas– era la belleza y la tristeza de esas voces al cantar y las historias que contaban.

*¿De dónde soy? ¿Dónde está mi hogar?*

*¿Está en América o debo volver a Japón?*

*Pensaba que Hawái sería mi hogar.*

*Hawái, Hawái, el lugar de mis sueños.*

*Pero qué pesadilla.*

*Mis lágrimas mojan la caña de azúcar como si fuera lluvia.*

La madre de Koji cantaba las canciones del trabajo con las otras mujeres, con sus desgarradores lamentos por estar lejos de su patria y su familia, engañadas con un trabajo agotador e interminable en los campos, con falsas promesas de dinero y cobijo mientras el sol las golpeaba, igual que el viento anulaba y abofeteaba, mientras la lluvia las mojaba hasta los huesos y un vapor surgía del suelo embarrado. Los bebés sujetos a sus espaldas se sentían como un peso muerto, una carga que aumentaba, otra boca que alimentar. Se quedaban con sus pensamientos de la desesperación más profunda... *Mi bebé estaría mejor muerto.*

Koji dejaba de caminar, de igual modo que siempre había dejado de cortar caña, para oír las canciones. Cerraba los ojos e imaginaba que sus voces volaban por el viento, todo el camino hasta la ciudad de Hilo, sus lamentos tristes y melódicos cruzando el aire antes de desaparecer sobre el océano y volver a Japón.

Cuando por fin terminaba la canción, Koji abría los ojos. Estaba de pie, solo en el campo. Todos los secretos que él había guardado a lo largo de los años de repente se quejaban ante él, como el picor de una vieja herida. Las canciones fantasmales le recordaban todos los años vividos allí, su vida pasada en lo que siempre consideró tierra sagrada. Olvidando las formalidades de Japón, él había recibido bien a la indómita isla, los largos veranos de su niñez, el duro trabajo en los campos de caña, la vida en la plantación que nunca había abandonado porque eso era todo lo que conocía. Cuando Koji se daba la vuelta para caminar hacia su casa, la voz de Mariko era la única que se quedaba con él.

*Ha llegado el momento de que conozca la verdad. No puedes protegerle para siempre.*